

LA TARDE EN LA QUE LLEGUÉ A CASA

Cuando volvía a casa, después del trabajo, me sorprendió ver el grupo de personas que se agolpaba en la esquina. Me acerques, intrigado, y me metí de lleno entre la gente, rodeado por sus comentarios: "pobre hombre", "habría que avisar a alguien", "¿alguien lo conoce", y frecuentes "¿qué pasa?". Lo que ocurría era que había un hombre tumbado en medio de la acera. En cuanto pude verlo, tuve que abrirme paso hasta él. Me sentía obligado, porque yo sí le conocía. Era don Eulogio, vecino de mi escalera.

Me agaché, doblé la rodilla para acercarme. Por fortuna no estaba muerto; aún respiraba débilmente. Así, a la luz del sol y abatido, se le veía inmensamente viejo, y sus ropas, tan cuidadoso como era en el vestir, se rebelaban raídas y gastadas, con esos bordes deshilachados y esos brillos que se producen por el roce de los años. Parecía estar muy mal. Miré a mi alrededor buscando ayuda.

- Yo lo conozco - dije - vive en mi casa, aquí cerca. ¿Hay algún médico? ¿Pueden avisar? No sé, la policía, una ambulancia, algo.

Dos o tres personas desenfundaron los teléfonos de bolsillo. Oí que una de ellas, una señora, decía:

- Llegaré un poco más tarde. Ya te contaré.

Un hombre intentaba abrirse paso a codazos diciendo:

- Déjenme pasar. Soy médico.

Llegó hasta nosotros, se arrodilló y le puso la mano en el cuello buscando el pulso.

- Está muy mal - dijo subrayando lo que era evidente - hay que llevárselo de aquí.

Levantó la cabeza para dirigirse a los curiosos que lo rodeaban y les dijo:

- Hagan el favor de apartarse. Este hombre necesita aire. Y lo mejor es que se marchen. Aquí no hay nada que ver.

- ¿Alguien ha llamado una ambulancia? - pregunté impaciente.

No sé por qué tenía un presentimiento de urgencia.

- Yo he avisado - dijo un hombre - vendrán enseguida.

La ambulancia tardó poco más de un cuarto de hora. Yo tendría que haberme ido, tenía muchas cosas que hacer, pero no me atrevía. Sentía que en el fondo le debía algo al pobre don Eulogio. Y no porque sintiera afecto por él; ese no era el caso. Al contrario, aquel viejo era un pesado, que no sé por qué la había tomado conmigo y yo no hacía más que evitarlos para que no me volviese a explicar su aburridísima historia. Porque si uno ha sido pirata, o prisionero de guerra, o un crápula, puede tener algo interesante que contar pero ¿qué interés puede haber en una vida sencilla, modesta y ordenada? Penas mezquinas y alegrías aún más mezquinas. Don Eulogio presumía del dudoso mérito de haber sido feliz, algo sumamente fastidioso. Puede que yo lo mirase con la impaciencia de la

juventud pero la felicidad de los otros, cuándo uno no sabe dónde diablos ir a buscarla, es algo difícil de soportar.

A don Eulogio le encantaba repetírmelo, se había enamorado muy joven de su querida Amelia, una mujer guapísima, tan joven que ni siquiera había tenido tiempo ni ocasión para otras tentativas. Ni antes, ni después, ni durante. Se lo había jugado todo a una sola carta y había Ganado, porque ella, ¡júbilo supremo!, le había dicho que sí. Ya ve, me decía, alguien como ella. Habían sido cuarenta años de felicidad a su lado, hasta que el Señor se la llevó, como decía él, demasiado pronto, ay, dejándolo solo.

Hasta ahí podía pasar. Cuando de verdad se ponía insoportable era cuándo insistía en detallar cómo se movía ella , siempre tan contenta por la casa, los arrumacos que se hacían cada tarde al volver del trabajo, cómo lo cuidaba. Que uno se aficione a ese tipo de cosas, lo puedo entender, cada cual es muy libre pero hay que tener una cierta

medida. Uno no puede ir por ahí apabullando a los demás con la propia felicidad. Lo menos que puede pasar es que a los demás no les importe. Pero a don Eulogio eso ni siquiera se le había ocurrido. Y seguía explicándome que no habían tenido hijos, una lástima, y que al quedarse solo ni había pensado en buscarse otra compañía porque para él no podía haber más mujer en su vida que su querida Amelia. Resumiendo: un auténtico pelmazo. Pero al verlo allí, caído, derrotado y temiéndome que no saldría de aquella, la cosa cambiaba. Que yo no lo quería muerto, sólo callado. Por eso permanecía allí, de guardia, junto al medico que debía sentir una cierta obligación profesional. La gente se había ido, y los transeuntes que pasaban sólo nos dedicaban alguna mirada curiosa. Por fin llegó la ambulancia, pusieron a don Eulogio en una Camilla y se lo llevaron. El médico se fue con él. Yo no quise acompañarles, me parecía que ya no hacía ninguna falta y me marché a casa.

Al día siguiente me enteré: don Eulogio había muerto a poco de llegar al hospital. La familia (por lo visto tenía una hermana más joven) se había hecho cargo de él y le iban a hacer el velatorio en su piso. No consigo entender por qué se tomaron tantas molestias. No era preciso trasladarlo; los pocos amigos que debía tener, si es que alguno le quedaba, podían haber ido a descansar.

PABLO GOTOR, 13 AÑOS

Mención Especial

Sevilla